

Así deben todos empezar de nuevo con el más dulce, santo y amoroso Niño Jesús, un Dios humillado. cc

“Aquí empieza una vida nueva”

El 13 de octubre era fecha memorable en el calendario interior de Cornelia. Un corazón quebrantado seis años antes, el día de San Eduardo, era la verdadera cuna de la Sociedad del Santo Niño Jesús. Y este día, en 1846, la cuna estaba lista para recibir a la nueva criatura.

Un grupito de mujeres, una de ellas con un muchacho de cinco años de la mano, hizo el breve viaje entre Birmingham y Derby, al norte. Llegaron a mediodía. ¿Quiénes eran? Cornelia, por supuesto, y Emily, la amiga de Newman, y dos jóvenes, Mary Ann y Veronica. Podemos imaginar sus reacciones al ver su nuevo domicilio, más palacio que hogar. El gran convento estaba vacío excepto en la sala de estar, y tenía algunas camas con colchones y almohadas. En la cocina había una pierna de ovino en el horno, y papas y zanahorias sobre el fogón, pero faltaban platos, cuchillos y tenedores. Tuvieron que pedirlos prestados a la hermana del párroco para poder almorzar. Y después, manos a la obra para instalarse.

Cornelia había traído el borrador de la Regla, preparado en Roma con la ayuda de Grassi y Pierce, pero no se había dado cuenta de que tendría que ser a la vez novicia y formadora de novicias. El hecho es que todas la miraron como líder del grupo. Así que asumió el liderazgo, y Wiseman la trató también como líder. Ella era la mayor del grupo y la única con experiencia de la vida religiosa, una experiencia bien profunda. Pero no estaba al tanto de las costumbres y

actitudes de los católicos de Inglaterra, y tendría que comprar su conocimiento a un alto precio.

El 15 de octubre, solemnidad de Santa Teresa de Avila, la naciente comunidad asistió a la primera misa como familia religiosa, no en la enorme más-iglesia-que-capilla, sino en una sala chica con humildes artefactos y adornos, un improvisado sagrario y candeleros prestados. Así, en aquel entorno íntimo, el Señor tan anhelado vino a hacerse presente entre ellas. Cornelia habría de tener este momento como el que marcó el verdadero comienzo de la vida religiosa en la Sociedad del Santo Niño Jesús. Hasta hoy su Sociedad celebra este día de Santa Teresa como la fiesta fundacional de la congregación.

El espíritu de sencillo gozo de Cornelia al dar al Señor un nuevo hogar, y al darle a conocer, se desbordó entre sus compañeras y los lugareños. Desde ese día en adelante, con un entusiasmo contagioso, Cornelia inspiró a sus hermanas para vivir plenamente todas las prácticas típicas de una congregación religiosa, pero de una manera natural y espontánea. Creó un horario que incluía lectura espiritual, instrucciones, oración personal, trabajos, recreo dos veces al día, y silencio, todo en una atmósfera de reverencia y recogimiento. El silencio promovía la vida interior, y los dos recreos, una diversión alegre. Durante el recreo, el espíritu espontáneo de Cornelia encantaba al grupo, especialmente cuando, de repente, empezaba a cantar o iniciaba un juego. Con esto le brindaba a la pequeña comunidad el mismo espíritu familiar que había sabido infundirle a su propio hogar.

Su idea de no tener claustro alguno le permitió involucrar al grupo desde un inicio en la obra pastoral local. Por primera vez, Cornelia se encontró en medio de la pobreza extrema. La Inglaterra que había conocido era la tierra de los Shrewsbury y los Berkeley. Derby, en cambio, era la tierra manchada por la revolución industrial. La contaminación era atroz. Incluso al fondo del jardín del convento corría una cloaca abierta. Existía un gran número de inmigrantes de Irlanda, católicos que habían huido de la hambruna en su país para buscar trabajo en las minas y fábricas de Inglaterra. Como trabajadores, sólo podían educarse en la noche o los domingos,

así que Cornelia y Emily organizaron clases en horarios factibles para ellos. La escuela de los pobres funcionaba durante el día, con 200 niños inscritos, de los cuales no más de 60 asistían en horario normal porque la mayoría tenía que trabajar.

El director espiritual, un jesuita, venía semanalmente para confesar a las hermanas y darles una conferencia espiritual. Para Cornelia, formada espiritualmente en la tradición ignaciana, este apoyo era imprescindible.

En esos primeros días, Wiseman, como responsable eclesiástico, le mandó a Cornelia una carta en la que esbozaba las líneas principales de su apostolado, que habían de brotar de una espiritualidad “honda y sólida”: la educación de los pobres y de la clase media, columna dorsal del laicado católico.

Algunas postulantes se fueron y otras vinieron al pequeño grupo, hasta que, en diciembre, la comunidad contó con seis integrantes. Cuatro de ellas, incluyendo a Cornelia, eran conversas. Este sería el patrón en los primeros años de la Sociedad, conversas casi la mitad del total. Hasta ahora, todo estaba marchando bien. El número de integrantes aumentó poco a poco. Algunas señoras venían para hacer un retiro, y otras simplemente para buscar asilo como conversas rechazadas por sus familias. Algunas de ellas entraron en la Sociedad

Cornelia promovió una vida litúrgica muy rica, con procesiones, mes de María, celebraciones de Primera Comunión y adoración del Santísimo. Era un estilo demostrativo y lleno de devoción. Pero entre los ingleses, con su reserva cultural y tradición protestante, era algo novedoso.

Wiseman vino el 16 de diciembre para admitir formalmente a Cornelia y Emily al noviciado. Las dos recibieron el velo blanco. Su vestido, según el diseño de Cornelia, era sencillo, duradero y discreto, no muy diferente del estilo secular.

Dos acontecimientos importantes marcaron estos primeros dos años. En septiembre de 1847, Wiseman trajo de Roma un documento que daba aprobación preliminar a la pequeña Sociedad. Para Cornelia, tan hija de la Iglesia, esto constituyó un consuelo enorme.

En cuanto a la Regla, esta se hallaba en plena evolución según las exigencias y experiencias de la vida diaria. Cornelia consiguió una copia de las Constituciones de San Ignacio, y cada vez más elementos de ella se infiltraban en su Regla.

Otro gran consuelo fue un reconocimiento formal de la alta calidad de educación en la escuela para los pobres, presentado por el inspector de educación del gobierno inglés.

En diciembre de 1848, habiendo completado Cornelia su año de noviciado, vino Wiseman de nuevo para recibir sus votos de pobreza y obediencia. (Ya había hecho su voto de castidad antes de la ordenación de Pierce.) Después, en una ceremonia solemne, Wiseman la designó Superiora General de la Sociedad. Entonces la condujo a un sitio en el santuario, y cada una de las hermanas, incluyendo ahora 16 novicias, se acercaron para ofrecerle su lealtad. Ese 21 de diciembre llegó a ser la fiesta de Cornelia in perpetuum.

¿Cómo era Cornelia a esta altura de su vida? Era la vida misma y el espíritu gozoso del grupo, según María Joseph Buckle (una de las conversas que vino al convento para hacer un retiro y entró después en la Sociedad), quien la describió así: "...en plena posesión de sus talentos, su buen humor y su bella voz. Y su hermosura era impresionante. Nadie podía topar con ella sin quedar asombrado por su aspecto." Su presencia en el convento creaba un clima de paz y felicidad espiritual.

A pesar de este poder de encanto, Cornelia procuraba no atraer los corazones de las hermanas a su persona, sino a Dios. Y podía ser exigente, también, porque Dios merecía lo mejor de nuestros esfuerzos. La intención contaba más que el resultado. Quería que cada persona creciera realizándose según sus propias potencialidades, y por eso trataba de descubrir los dones de cada cual para promoverlos. Su gran respeto por la obra del Espíritu Santo en cada hermana determinó su manera de gobernar y su trato con cada una de ellas. La meta era la formación de mujeres fuertes, independientes, maduras y santas, según el grado de gracia concedido a cada una -no solamente para el bien de la persona, sino para el bien de la Iglesia y la gloria de Dios. Y en realidad, miraba siempre a sus

hermanas desde la perspectiva de Dios, sin perder jamás este punto de vista. Ello le permitió una objetividad libre de cualquier prejuicio personal. “La Sociedad del Santo Niño Jesús no es obra mía,” insistía Cornelia en tiempos buenos y en tiempos malos.

Hasta ahora, los tiempos habían sido buenos. Más tarde llegarían los tiempos malos, y Cornelia iba a necesitar de todo su coraje y sabiduría para mantener la Sociedad a flote.

Reflexión

Para Cornelia, los días 13 y 15 de octubre, y el 21 de diciembre, eran fechas cargadas de significación. ¿Cuáles son las fechas claves en tu calendario interior?

Ese día en que el grupito llegó a Derby para fundar la Sociedad del Santo Niño Jesús, Cornelia debe haber experimentado una gran mezcla de sentimientos. Colocándote en sus zapatos, ¿qué sentirías tú?

No hubo nadie en Derby para dar la bienvenida a Cornelia y sus compañeras cuando llegaron. Fue una recepción fría, una primera experiencia de la cruz acogida con gusto. En tu experiencia, ¿has vivido alguna vez lo mismo? ¿Qué pasó? Y ¿cómo te sentiste?

Cornelia se fue del convento de la Trinitá porque Dios estaba mostrándole otra forma de la vida religiosa más flexible y abierta al mundo. En este sentido era pionera, haciendo camino al caminar. ¿Conoces a otros pioneros, a otras pioneras? ¿Has forjado tú también algún camino caminando? ¿En qué circunstancias?

Hubo un fuerte lazo entre Cornelia y Dios, un lazo que fue el móvil de su existencia. Revisando lo que sabes de Cornelia hasta este punto, ¿qué evidencia exterior tienes de su vida interior con Dios? Para ti, ¿qué significa una vida interior?

“Obstáculos existen . . . ”

Al llegar a Derby con mujeres cuya suerte dependía de ella, Cornelia había asumido un compromiso y una responsabilidad a los que no podía renunciar. Y menos aun a medida que iban llegando otras personas para aumentar el grupo. La Sociedad era para ella una carga sagrada puesta sobre sus hombros por Dios mismo a través de la Iglesia, y Dios solo sería su fuente de vida, energía y sabiduría.

Su salud era siempre delicada, pero era ella la primera en sacrificarse en el trabajo físico, y en el uso de los escasos recursos. La comunidad era pobrísima, incluso los únicos zapatos de Cornelia llevaban parches sobre parches. Pero era interiormente feliz compartiendo la pobreza de su Bien Amado, y difundía esta felicidad a su alrededor creando un clima alegre y liviano de corazón. Las hermanas aprendían de ella a querer la pobreza y a elegirla.

La pobreza elegida es cosa diferente del sufrimiento impuesto por otros. Esa segunda pobreza requiere una respuesta aún más profunda, y una alma suficientemente fuerte para asumir la cruz no elegida. Es allá que Cornelia se encontraba más unida con Dios. Su don especial fue su capacidad para experimentar en el encuentro con la cruz no muerte, sino vida plena. La cruz no esperada en Derby llegó a ser el párroco con su hermana.

El Padre Sing (Mister Sing, para decirle como los ingleses), le acogió a Cornelia en Derby pensando que ella iba a pagar el interés sobre su deuda en relación con el convento. Pero Cornelia tenía una

promesa escrita por Wiseman según la cual él se haría responsable del convento y todas sus obligaciones financieras. Antes de ir a Derby, Cornelia le había entendido al Obispo que la propiedad del convento le sería transferida a este por una suma convenida entre él y Sing. Resultó, sin embargo, que no existía documento alguno y que esto nunca sucedió. La propiedad quedó en manos de Sing, con toda la deuda y su interés. Cornelia, por su parte, declaró que había gastado todos sus recursos personales después de algunos meses. Los ingresos del convento provenientes de las escuelas eran magros, apenas suficientes para mantener a las hermanas. Es verdad que Wiseman, aun después de su traslado a Londres, hizo todo lo posible para liquidar la deuda, pero su aporte generoso no fue suficiente, y Sing apeló a Walsh.

Sing tenía otras quejas contra Cornelia—que a él no se le consultaba como era debido, que las actividades pastorales del Padre Asperti, capellán italiano del convento, chocaban con su propio régimen, que Asperti pasaba sobre él en celebraciones solemnes en el convento, que no se le admitía en las salas de clase sin el permiso de la ‘Madre Superiora’, que se hacían cambios en la estructura del convento, que las clases se suspendían para preparar una obra teatral para la fiesta del capellán... En general, se trataba de cosas debidas a la falta de experiencia, cosas espontáneas y creativas llevadas a cabo alegremente pero sin tomarlo en cuenta a él. Ciertamente, hubo malentendidos. Cornelia, siendo conversa, tenía que aprender el protocolo del funcionamiento dentro de una parroquia. Y Sing buscó motivos para deshacerse de ella y de su comunidad. Los asuntos de dinero fueron el pretexto, pero el motivo principal era su profunda enemistad hacia Cornelia, y alegó ante Walsh que Cornelia y las hermanas sólo jugaban a ser religiosas. Asperti le escribió al Obispo defendiendo a Cornelia y exponiendo su gran paciencia ante Sing y sus provocaciones mezquinas, y lo invitó a venir a evaluar por sí mismo la realidad de las cosas.

Durante su primer año en Derby, Cornelia podía soportar con valentía la ausencia de Ady y Frank, sabiendo que iba a recuperarlos a fin de año. Pero Merty le causó gran preocupación. Conservamos

suficientes cartas entre Cornelia y su hijo mayor para darnos cuenta de que este era un alumno flojo y de carácter difícil. No les caía bien a sus pares. Debe haberse adaptado mal a los grandes cambios que le vinieron encima con la separación de sus papás, la situación de ellos, tan rara, su propio traslado repentino a Inglaterra, y después a dos colegios seguidos. No se integraba a la cultura de un selecto colegio inglés. Las cartas que Cornelia le escribía estaban llenas de afecto, consejos espirituales más aptos para adultos que para jóvenes, y sugerencias para mejorar. Merty valoraba muchísimo esas cartas, las guardaba y compartía con su mentor jesuita, pero no era capaz de poner en práctica los consejos de su mamá. Sacó malas notas en sus exámenes de fin de año, y Pierce, el único de ambos padres que estaba libre para asistir a los ejercicios del fin de año escolar (en agosto), no asistió, dejando a Merty con sentimientos de abandono. Cornelia, apenada por él y a causa de él, se vio impotente para remediar la situación. Su gran consuelo era la proximidad de las vacaciones en que, concluido su noviciado, podría reunirse con sus tres hijos.

Reflexión

Muchas decepciones esperaban a Cornelia en Derby, y ella debe haber experimentado momentos en que quisiera abandonar el convento y la comunidad. Pero no lo hizo. Tú también has experimentado momentos de frustración en medio de algo primordial, y has tenido que resistir la tentación de huir. ¿Puedes identificar esos momentos? ¿Qué es lo que te mantuvo firme en esas circunstancias?

Cornelia vivió en Derby la pobreza elegida y la pobreza impuesta por las circunstancias. ¿Has experimentado alguno de los dos tipos de pobreza, o ambos? ¿Piensas tú que hay una pobreza buena? ¿Qué es para ti una tal pobreza?

Un grave conflicto se desarrolló entre Cornelia y Mister Sing, el párroco, a causa de muchos malentendidos. Probablemente hubo errores de parte de Cornelia por su falta de experiencia. ¿Has vivido algún conflicto basado en malentendidos y no en una mala voluntad? ¿Te sentiste culpable? ¿Cómo superaste la situación?

Cornelia tenía grandes esperanzas con su hijo mayor, que fracasaron rotundamente. Parece que él fue la primera víctima de la separación de sus papás. Muchas personas culpan a Cornelia por permitir que él terminara así. ¿Qué piensas tú?

Connelly contra Connelly

Como hemos visto, Cornelia afirmó que la Sociedad del Santo Niño Jesús había sido fundada sobre un corazón quebrantado. Ahora ese quebranto iba a agudizarse, y fue Pierce quien provocó los últimos golpes.

Sabiendo que no debía hacerlo, Pierce fue al convento sin permiso para ver a su esposa. Cornelia lo recibió, pero lo reprendió por haber ido en contra de los deseos de Wiseman, e insistió en que no repitiera la visita. Al día siguiente, Pierce le escribió a Cornelia lo que ella consideró una “carta muy violenta”, quejándose de la herida que había recibido a manos de su esposa. La tormentosa respuesta de Cornelia a dicha carta revelaba la lucha interior que todavía tenía que soportar, y el costo de la separación pagado en su propia carne: “Esta mañana estaba buscando tan expectante una carta tuya; tu carta acaba de llegar y me hace llorar hasta que casi no puedo ver lo que estoy escribiendo. Olvídate de tu visita a Derby. No te dije que tuve que asumir esta manera alterada para disfrazar mi naturaleza, como a veces tengo que hacerlo. ¡No! No tienes la tentación violenta que tengo yo al pensar en esa piececita, “Belén” [en Gracemere, Gran Coteau], ni has experimentado acaso la lucha en el corazón de una mujer. ¡No! Nunca lo has experimentado.” No queda claro si Cornelia estaba refiriéndose a sus relaciones íntimas o a sus hijos cuando mencionaba la “piececita” Belén. Lo que sí está claro es que se hallaba bien convulsionada. ¿Qué es lo que provocó todo esto? Para entenderlo, tenemos que volver atrás.

Pierce fue a Inglaterra pensando que iba a acompañar al hijo mayor y heredero de Shrewsbury en sus estudios. Pero no resultó así. Siendo un hombre capaz y lleno de energía, no tenía trabajo suficiente para sentirse útil. En el entorno de Alton Towers ya había varios sacerdotes ejerciendo un ministerio pastoral, y a Pierce le quedaba poco que hacer. Por otro lado, esperaba mucho más contacto con Cornelia, y un papel consultivo en la nueva Sociedad. Tampoco resultó así, a causa de las órdenes de los obispos Walsh y Wiseman. Walsh era muy sensible a la posibilidad de escándalo, y Wiseman fue muy protector del proyecto de la Sociedad y de Cornelia. Por eso, ambos quisieron alejar a Pierce de ella. Pero el hecho de que Cornelia en Derby se hallara a sólo a unas pocas millas de Pierce en Alton Towers, ambos en el mismo distrito y bajo la autoridad del mismo Obispo, no se debió sino a Wiseman y a su presión sobre Cornelia para que se instalara en Derby. También es posible que Wiseman se considerara como fundador de la Sociedad. En ese caso, si Pierce hubiera reclamado este rol para sí mismo, se hubiera visto desplazado por Wiseman. Y es incluso posible que Wiseman estuviera detrás del encauzamiento de Cornelia hacia Inglaterra. Podemos imaginar un entendimiento cordial entre Shrewsbury y Wiseman para manipular (por la gloria de Dios, desde luego), las suertes de ambos esposos, hasta el punto de convencer al Papa de confirmar la misión de Cornelia para Inglaterra. A los ojos de Pierce, Wiseman tenía demasiado que ver con su esposa.

El escenario estaba preparado para que hiciera su entrada el monstruo verde, la envidia, con el orgullo de la mano. Hasta la separación, Pierce había tenido como esposo, frente a la Iglesia y la ley de entonces, autoridad sobre su mujer. Era el concepto vigente de la relación de la mujer con su marido. Pero después, libre de la autoridad de su marido por iniciativa de este, Cornelia se había sometido libremente a la autoridad eclesiástica de otro hombre visto por algunos como fundador de la congregación cuyos primeros pasos Pierce había acompañado. Desde entonces, el manejo y el futuro de la Sociedad no tenía nada que ver con Pierce.

Excluido de lo que estaba pasando en el convento, e impedido por Wiseman de ver a su esposa, a quien en Roma podía ver todas las semanas, Pierce se rebeló. Entonces fue clandestinamente a Derby, como acompañante del capellán principal de Alton Towers, el Doctor Winters. Cornelia llegó a la sala de estar ignorando que su esposo también se hallaba allí. Podemos imaginar el choque que experimentó después de una separación física de casi un año. Como le escribió más tarde a Pierce, tuvo que enmascarar la intensidad de su reacción.

La situación empeoró por causa de Emily quien no quería que la seguridad de la Sociedad se viera en riesgo, o que se culpara a Cornelia de la visita de Pierce. Le informó a Wiseman de lo que había pasado, y le repitió a Pierce las expresiones de desaprobación del Obispo, todo por correo. (Téngase en cuenta que en Inglaterra, en este tiempo, una carta enviada en la mañana llegaba a la tarde.) Así, Pierce tuvo aun más a Wiseman como rival por el control sobre Cornelia, y como símbolo de todo lo que estaba frustrando sus ambiciones.

Cornelia, mientras tanto, seguía inmersa plenamente en su propia formación, la formación de su comunidad y el apostolado en las escuelas. Pero el creciente descontento de Pierce era una pena que no daba tregua.

A través de varias estrategias, Pierce trató de reconquistar el control sobre Cornelia. Primero, consiguió que un amigo suyo de Roma, Samuele Asperti (de quien ya hemos hablado), fuera nombrado capellán del convento. Si no podía ir él mismo al convento, el Doctor Asperti podría mantenerlo informado de lo que estaba pasando dentro. Por correo Pierce convenció a Cornelia de recibir a Asperti y de conseguir el consentimiento de Wiseman. Asperti llegó de Roma lleno de entusiasmo pastoral aunque con poco inglés. Ya hemos visto cómo su presencia afectó al Reverendo Mister Sing. Pero era un hombre sincero, y tomó partido por Cornelia contra su antiguo amigo Pierce.

Después, Pierce trató de apurar la profesión de Cornelia, pensando que ella tendría más libertad para tratar con él si fuera profesora.

Wiseman puso obstáculos. Cuando, finalmente, se acercó la fecha de la profesión, Pierce dio media vuelta. Trató de impedir la profesión alegando que con el voto de pobreza de Cornelia, él, como su esposo, tendría que asumir sus deudas. Totalmente falso. En realidad temía que con su voto de obediencia sólo Wiseman tuviera el derecho de decidir el futuro de Cornelia. Parece que Pierce interpretaba la profesión de Cornelia como un acto de rebeldía contra él por parte de ella, y como una injuria mortal de parte de Wiseman. Le dijo a Asperti que tenía ganas de destruir el convento, y de impedir que “la Madre Superiora” tuviera contacto alguno con sus hijos. Iría a Roma para difamar el convento, a Wiseman y a los jesuitas, y conseguiría la aprobación de la Regla para fundar otros conventos. En resumen, se había vuelto loco de celos.

Las amenazas de Pierce se concretaron sólo días después de la profesión de Cornelia. Sabiendo que ahora los tres niños podían pasar las vacaciones con ella, sin decirle una sola palabra, sacó a Merty y a Ady de sus respectivos colegios y se fue con ellos al continente. A Frank lo había alojado con un amigo protestante, en Inglaterra, antes de viajar.

No hay dato alguno de la reacción de Cornelia al descubrir la pérdida de sus hijos. Pero una semana después del rapto anotó en su pequeño cuaderno un voto privado para reforzar su reciente voto de obediencia. Unida a los sufrimientos de Jesús en la cruz, hizo voto de renunciar a todo contacto con sus hijos y el padre, excepto si fuera por la gloria de Dios y en sintonía con Su voluntad interpretada por sus directores espirituales. Pierce había jugado su última carta, y la más cruel. Apostó a que Cornelia lo seguiría para recuperar a sus hijos y que así caería de nuevo en sus manos. Consciente de esta manipulación, y aun loca para tener a sus seres queridos, tuvo que clavarse en la cruz para no huir detrás de ellos.

Pierce fue a Roma. Allá se hizo pasar, en Propaganda Fide, por el fundador de la congregación de su esposa. Pidió aprobación formal del borrador de la Regla que Cornelia compuso con la ayuda de Grassi (y que él había redactado), habiéndole añadido elementos nuevos, de su propia invención, que Cornelia jamás había visto.

Y agravó aun más el daño difundiendo mentiras nefastas sobre el convento. Cornelia, mientras tanto, no sabía nada de sus intrigas. Cuando se enteró de ellas, escribió de inmediato a su amigo de antes, el Prefecto de Propaganda, Cardenal Frasoni, para rechazar la Regla que Pierce había presentado. El no tenía autorización alguna para representarla en Roma, le dijo. De todos modos, agregó ella, era demasiado temprano en la historia de la Sociedad para pedir de Roma la aprobación de la Regla. Pero, desgraciadamente, esa Regla falsa de Pierce quedó en los archivos de Propaganda confundiendo cada esfuerzo de Cornelia para conseguir la aprobación de su propia Regla.

Sus manipulaciones con la Regla no eran el único ítem en la tabla de Pierce. Estaba trabajando tras el telón para impedir que Wiseman fuera nombrado arzobispo. Desde Inglaterra había escrito una carta (de la que hay copia en los archivos) difamándolo, dirigida a oficial inglés en Roma. Pero ante Frasoni en Rome elogió a Wiseman como el gran benefactor de la Sociedad. De este modo Pierce podría desmentir que hablara mal de Wiseman mientras estaba en Roma.

El drama de los Connelly se agravó. De hecho, Wiseman fue nombrado Pro-vicario Apostólico del Distrito de Londres, dejando mucho en el aire en cuanto al convento. (Walsh estaba demasiado enfermo para preocuparse tanto de Cornelia y Pierce y de la cuestión de las visitas.) Pierce, de vuelta ya de Roma y provisto de una medalla para Cornelia del Papa Pío IX, se apareció una segunda vez en el convento sin previo aviso. Había pedido permiso de Wiseman para visitar a Cornelia, sin recibir respuesta. Al capellán del convento, Asperti, le correspondía, según el voto de Cornelia, decidir si era “por la gloria de Dios y conforme con Su voluntad” que ella vería a Pierce. Y Asperti decidió que no. Esto, dijo Cornelia años después, no era lo que ella hubiese decidido, y a duras penas permaneció fiel a su voto, y le mandó el recado de que no lo vería. Pierce, enfurecido, insistió. Se quedó en la sala de estar, rugiendo, por seis horas. Según su propio testimonio, “se arrojó en el sofá en una convulsión de gritos y lágrimas”. Asperti se quedó con él, tratando de

calmarlo, pero se mantuvo categórico sobre su decisión. Cornelia, arriba, sufría su propia pasión clavada en la cruz por su voto. Aún amaba a Pierce, a pesar de todas sus debilidades, pero amaba a Dios ante todo y se había entregado a El sin reservas. Además, sabía que Pierce estaba manipulándola, y esa obstinación natural le sirvió a ella, fortaleciéndola para no rendirse.

Cuando Pierce se fue, ya había tomado la decisión de armar una batalla campal hasta la muerte contra Wiseman, los jesuitas y la Iglesia Católica. Iba a rescatar a su esposa “de manos de los diablos”. Era un hombre humillado, pisoteado, y negado. O, más bien, un niño privado de sus juguetes y del consuelo de su mamá.

Reflexión

Mucho de lo que pasó entre Cornelia y Pierce fue una tragedia por causa de errores. Según tu parecer, ¿debió Cornelia haber cambiado su postura hacia Pierce? Si es así, ¿en qué momento? ¿Has tenido tú que vivir conforme a las dolorosas consecuencias de una decisión propia? Desde tu perspectiva actual, ¿fue una decisión correcta, o debiste haber tomado otra?

Esta parte de la vida de Cornelia ha atraído la atención de varios dramaturgos, y es el tema de obras teatrales. ¿Qué momento hasta ahora es para ti el más dramático? Entrando en la experiencia de Cornelia en este momento, ¿qué emociones te surgen?

La furia de Pierce desbordó todo límite. Estaba fuera de sí. ¿Cuál es tu reacción frente a una persona así alterada? ¿Has sido alguna vez, personalmente, el objeto de un enojo tal? ¿Cómo te marcó la experiencia? ¿Cómo te sientes ahora recordándola?

Trata de proyectarte en la situación de Pierce. ¿Qué puedes decir para defender su posición? Como amigo o amiga, ¿qué le aconsejarías en este momento de la historia?

*Recibe la cruz tal como el Señor te la mande, no como imaginas
que debe ser. cc*

El fin del comienzo

Cornelia había predicho que no se quedaría en Derby. El lugar no era Belén. Pero a pesar de las dificultades con Sing, sí fue el lugar donde las primeras hermanas experimentaron un modelo idílico de la vida religiosa. El fervor y el gozo de la comunidad y su simple alegría reflejaban algo del espíritu joven y esperanzador de Cornelia. Las hermanas asumieron juntas, y con mucha creatividad y buen humor, el trabajo duro, la pobreza y la incertidumbre. La vida religiosa se redujo a un sencillo anhelo de complacer a Dios en todo momento y en todas las cosas. No había nada más alegre que vivir así.

Había apoyo y motivación para las que volaban alto en la vida espiritual; y para las que apenas caminaban, había ayuda práctica proporcionada a sus capacidades. Cornelia estudiaba la personalidad de cada una y la manera en que el Espíritu Santo la atraía, y se adaptaba a ella, no al revés. Sin embargo, jamás se contentaba con algo hecho a medias, o con una persona de corazón o lealtades divididos. Sus enemigos eran el egoísmo y la duplicidad.

Figuras emblemáticas en el panteón de Cornelia eran los grandes santos y santas -Teresa de Avila, mujer de carácter fuerte y de oración; Francisco de Asís, enamorado de la Doña Pobreza; Ignacio, el místico práctico; Gertrudes, amiga del corazón del Señor; y la reina de esa corte, la Virgen valiente y dolorosa. El Niño Jesús, en el centro, era

Dios humilde y limitado, escondido y a la vez manifiesto ante los que tenían ojos para reconocerlo. Cornelia enseñó a las hermanas a contemplarlo con una mirada penetrante; les enseñó que su vocación era crecer con él, hacia la plena madurez de la cruz y la resurrección, sin perder su espíritu joven.

Desgraciadamente, este primer experimento feliz de vida religiosa estaba a punto de rendirse frente a fuerzas exteriores. Wiseman, Pierce, Sing y la pobreza -todos contribuyeron para adelantar el fin de la estancia en Derby, y casi el fin de la Sociedad.

El obispo Walsh estaba enfermo y no respondió a la invitación de visitar el convento para ver si las quejas de Sing contra Asperti y Cornelia tenían una base. Cornelia mientras tanto le pidió al Conde de Shrewsbury que calmara a Pierce y que dirigiera sus energías hacia su propio ministerio. Y con Pierce, Cornelia asumió un tono firme (un tono que Pierce catalogó como “insolente”), diciéndole en julio de 1848 que no lo recibiría a menos que él le devolviera a Ady. Y le declaró, por añadidura, que desde entonces en adelante la conexión de él con el convento había terminado. Todo esto por correo.

En agosto hubo un cambio de obispos en el distrito. El nuevo Obispo, Ullathorne, se vio casi inmediatamente enrollado en la disputa entre Sing y el convento. Respondiendo a la invitación de Cornelia, fue al convento y entrevistó a cada una de las 21 novicias. El era religioso benedictino, así que podía evaluar con bastante perspicacia el grado de seriedad de las hermanas y la calidad de su formación bajo Cornelia. (Todavía en los archivos de Birmingham se conserva la lista de las hermanas y sus oficios, escrita por Cornelia para el Obispo, con los apuntes de Ullathorne sobre sus entrevistas.) Al final de la visita, el Obispo se declaró muy satisfecho con el espíritu del convento y bien impresionado de la devoción de las hermanas hacia Cornelia (siempre se refiere a ella como “la Madre Superiora”, o “Mrs Connelly”).

El apostolado también estaba desarrollándose muy bien. Incluso estaba formándose, con tres jovencitas, el núcleo de un colegio internado. El plan para el futuro incluía un colegio para preparar a futuras maestras de las escuelas católicas. Durante la visita del

Obispo quedó claro que detrás del problema de la animosidad de Sing contra Cornelia estaba la hermana del párroco, Miss Sing. Su mano estaba en todo.

Sin embargo, a pesar de su buena evaluación del convento y las obras de las hermanas, Ullathorne decretó que Cornelia tendría que dejar el convento a menos que pagara toda la deuda que existía.

Siendo esto imposible, y siendo Wiseman, ahora en Londres, incapaz de seguir pagando, Cornelia se dio por vencida. No sería la primera vez que una obra suya a beneficio de la Iglesia fracasaría por falta de dinero.

Pero, justo a tiempo, Wiseman tuvo una mejor idea. Sacó, de la manga episcopal, otra propiedad.

Esta vez el sitio estaba en el sur, en la costa frente a Francia. Se trataba de un pueblo llamado St Leonards on Sea, un tipo de balneario donde se radicó el rey de Francia, Louis Philippe, con su familia, obligado por una revolución a abandonar el trono e irse al exilio ese mismo año, 1848. Fue allí donde Wiseman quiso establecer a Cornelia. La propiedad, All Souls (Todas las Almas), pertenecía a un excéntrico y anciano sacerdote de viejo estilo, el Reverendo Mister Jones. Como beneficiario de una patrona adinerada, Lady Stanley, y en cumplimiento de los deseos de ella, Mister Jones había construido allí un conjunto de edificios -un convento, una escuela, los cimientos de una iglesia, y una residencia propia. La



*El reverendo
Mister Jones*

propiedad era extensa, de seis y media hectáreas, y dominaba una vista del mar. Seis congregaciones distintas habían estado ya en All Souls, incluyendo a los benedictinos y los jesuitas, y se habían ido principalmente a causa de dificultades con el Reverendo Mister Jones. A través de Wiseman, Jones se pronunció encantado de recibir a Cornelia y sus compañeras, y decidido a cederle legalmente toda la propiedad.

Cornelia no quería comprometerse otra vez sin tener en la mano el prometido documento firmado y sellado. Pero Wiseman la tranquilizó. Por un lado, la presionaba él para que aceptara la propiedad; y por el otro Sing, para que se fuera de Derby lo antes posible. Así, la Sociedad se trasladó sin documentos a St Leonards on Sea, a comienzos de diciembre de 1848.

Como era característico en ella, Cornelia pidió permiso a Wiseman para hacer un retiro de ocho días con la comunidad antes de salir. Asperti predicó, y Cornelia, en la intimidad de su mundo interior con Dios, se preparó para volver a empezar.

Cuando los rumores del traslado llegaron a Pierce, fue para él el colmo. Sabía que St Leonards estaba en el nuevo distrito de Wiseman. Ahora su “secuestro” de Cornelia sería absoluto. Fue el momento decisivo del asunto “Connelly contra Connelly”. Obsesionado en su rencor hacia Wiseman, y ahora Asperti, le escribió a Ullathorne: “soy esposo y padre antes de ser sacerdote”. Con la llegada de Cornelia a All Souls, Pierce abandonó Alton Towers y se instaló en la casa de Henry Drummond, un anticatólico fanático. Allí Pierce también empezó de nuevo, esta vez yendo en la dirección opuesta para llegar a sus orígenes en el protestantismo. Desde la casa de Drummond lanzó una amarga campaña pública contra Cornelia, Wiseman, la Iglesia, los jesuitas y el pobre Doctor Asperti, su antiguo amigo.

Reflexión

Ahora estás conociendo a una Cornelia consagrada. Una de sus compañeras de esta época dijo que ya estaba muy avanzada en la “ciencia de los santos”. Esos avances acontecieron ya en el transcurso de su vida laical. ¿Piensas tú que es posible dentro de tu vida laical avanzar así en la santidad? ¿Cuál es la materia prima de la santidad, según tu parecer?

En la época de Cornelia la vida de una religiosa apostólica no era muy diferente, en cuanto a las prácticas, de la vida monacal. Cornelia quiso para sus hijas libertad para ejercer las obras de la misericordia, pero la Iglesia muchas veces la restringía. Hoy, desde el Concilio Vaticano II, muchas cosas de la vida religiosa apostólica han cambiado. ¿Qué pensaría Cornelia de la forma de la vida apostólica religiosa hoy? ¿Piensas tú que sus ideales todavía están vigentes?

Varias de las primeras integrantes de la Sociedad hablaron de una manera encantadora de Cornelia. La mera presencia de ella provocaba una conciencia de la cercanía de Dios. En tu experiencia, ¿has conocido a personas cuya manera de ser transmitiera un sentido de la cercanía de Dios?

¿Qué religiosas has conocido en tu vida? En general, ¿cómo ha sido tu experiencia de ellas? ¿Qué te gustó de ellas? ¿Qué no te gustó? ¿Había en ellas algunos rasgos comunes a las integrantes de la Sociedad del Santo Niño Jesús?

Trata de entrar en el mundo interior de Cornelia durante su retiro justo antes de partir para St Leonards. ¿Qué pasaría en su interior?